

# Audacia y lucidez para hoy

FRANCISCO JAVIER CARMONA R., S.M.\*

## RESUMEN

*La encarnación de la espiritualidad es una de las exigencias que la cultura posmoderna exige a la fe cristiana. De este modo se mantienen vigentes el carácter histórico y trascendente del hombre.*

*La posmodernidad se ha constituido como mentalidad, como civilización y como experiencia vital. Así, la vida del hombre se ha configurado de manera distinta a los esquemas que lo venían rigiendo.*

*Audacia y lucidez son dos actitudes que la espiritualidad está llamada a desarrollar en este nuevo contexto, para hacer visible la razón que anima su fe.*

*Palabras clave: Encarnación, espiritualidad, posmodernidad, audacia, lucidez.*

### *Abstract*

*Incarnation of spirituality is one of the exigencies that postmodern culture demands nowadays of Christian faith. In this way man's historic and transcendental character is preserved in its validity.*

\* Sacerdote de la Comunidad Marianista. Licenciado en Ciencias de la educación, filosofía y letras, Universidad Santo Tomás de Bogotá. Baccalaureum in Theologia, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma. Magister en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Actualmente es el rector del Colegio Cooperativo Espíritu Santo, Girardot, Cundinamarca. Correo electrónico: cces@uniweb.net.co

*Postmodernity has affirmed itself as mentality, as civilization and as vital experience. In this way man's life has been configured in a different way from the schemes that were in force.*

*Audacity and lucidity are two spiritual attitudes that spirituality is called to develop in this new context for making visible the reason that guides its faith.*

*Key words: Incarnation, spirituality, postmodernity, audacity, lucidity.*

## INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo titulado "Audacia y lucidez para hoy" se pretende dar elementos que ayuden a la reflexión sobre el diálogo que la espiritualidad está llamada a establecer con el mundo actual.

Una de las notas características de la espiritualidad, si no la fundamental, es la de su encarnación. La espiritualidad, como un estilo que marca toda la vida, no es ajena a las circunstancias históricas y culturales concretas en las que el hombre vive. Lo contrario sería alienación y enajenación del hombre de su propia existencia, es decir, sería ideología.

Por su misma naturaleza el hombre es histórico y cultural. El hombre nace en una realidad concreta, en ella vive y muere. Lo que sucede en su entorno no le es ajeno y directa o indirectamente afecta su cosmovisión, su capacidad de relación y su modo de ser y de estar en el mundo. La forma como el hombre está en el mundo es creadora de historia.

El modo de hacer historia del hombre se expresa a través de la cultura, es decir, a partir de las formas de vida, de los grados de simbolización y de significación de su existencia y de su experiencia, de las instituciones que crea, de los códigos de relación que establece, etc. La forma y el modo varían en cada persona que se hace sujeto responsable de la historia y de la cultura. Esa diferencia se denomina estilo, y en algunos es tan profundo y adecuadamente personalizado que viene a llamarse mística.

La espiritualidad no es sólo el estilo que impregna toda la vida del hombre, sino es también una forma de ser y de vivir que relaciona a la persona con la totalidad de la realidad en lo que ésta tiene de histórico y de trascendente. Tenemos entonces que decir ahora que el hombre hace historia y cultura desde la espiritualidad que le es propia. El hombre entra en

íntima relación con la cultura y la historia, las personaliza, desde el estilo que intenta dar a cada una de esas realidades. La espiritualidad es, pues, creadora de historia y de cultura y, a su vez, éstas crean estilos y formas de espiritualidad.

Una de las aspiraciones más profundas y naturales del hombre es la búsqueda de la felicidad. La vida humana se puede definir como un conjunto compuesto de las siguientes áreas: afectivo-sexual, creativo-laboral, espiritual, cognoscitivo-racional y sociológico-relacional, que no son aisladas entre sí, sino -por el contrario- se condicionan unas a otras y en ese condicionamiento se enriquecen mutuamente. El desarrollo de cada una de esas áreas permite al hombre vivir su propio proceso de humanización. En cada área el hombre busca alcanzar el grado máximo de felicidad y a través del desarrollo de una de ellas alcanza un acceso pleno a las otras, lo que le facilita la continuación normal de su existencia. La vida, pues, se va construyendo como un proceso de integración de cada una de esas áreas a partir de la elección privilegiada de una de ellas. De ahí que lo espiritual no sea un elemento accesorio ni ajeno a la existencia del hombre.

La realidad de la trascendencia es algo presente en la vida del hombre. El modo como éste construye su mundo inmanente, la forma como lo llena de significado y como da respuestas a su finitud ontológica y a su limitación humana, está en proporción directa con la capacidad que tenga de definir su relación con lo que está más allá de sí mismo, es decir, con lo que él es capaz de definir como fundamento último de su existencia. La trascendencia se dibuja en el mundo del hombre a través de esa responsabilidad que lo constituye en rehén del otro, lo hace ser desde fuera y le permite ser en apertura al otro.

Hoy la espiritualidad cristiana se encuentra viviendo un momento particular de la historia y de la cultura denominado posmodernidad por algunos y secularización por otros. Aquí vamos a emplear indistintamente los dos términos, pues en el fondo definen una misma realidad ambiental. Para muchos la fe cristiana debe defenderse de la contaminación del mundo; otros consideran que es necesario asumir la novedad del momento, a veces, con cierta ingenuidad; otros tantos consideran que se debe buscar respuestas, enfrentar la realidad, como si el mundo fuese una amenaza; finalmente, está el grupo de quienes consideran que la fe ha de presentarse como una alternativa de vida, de unidad, de integración, de esperanza, etc., en un

mundo que intenta construirse sobre fragmentos. En esta última perspectiva intentaremos colocarnos en el presente trabajo. Hay que considerar que para presentarse como alternativa dentro del actual contexto cultural, la fe cristiana ha de aprender a dialogar con el mundo, aceptarlo tal y como se presenta y reconocerlo como interlocutor válido.

En el presente trabajo intentaré, en un primer momento, hacer una presentación del contexto que estamos viviendo, de describir la realidad actual del mundo posmoderno, con el fin de darle identidad y de reconocerlo como interlocutor válido. En un segundo momento, intentaré señalar de modo muy general los presupuestos o condiciones desde las cuales la espiritualidad puede entrar en diálogo con la cultura posmoderna. No será una presentación exhaustiva, pues las condiciones del trabajo no lo permiten. Habrá elementos muy importantes que no se tratarán a fondo, como el de la encarnación o como el de las notas características de la espiritualidad cristiana en la posmodernidad; de ellos se hará una breve mención para hacer conciencia de su presencia e importancia. Por último, indicaremos dos actitudes a tener muy presentes por la espiritualidad, para que el diálogo sea posible.

Aunque el tema escogido es bastante amplio, no se trata de agotarlo, sino de ofrecer elementos que permitan profundizar y continuar la reflexión que otros más autorizados han iniciado desde hace algunos años. Consciente, pues, de las limitaciones ya mencionadas, espero que la reflexión hecha sea una contribución a esa búsqueda de fidelidad al señor de la historia, y a su Espíritu, que en los signos de los tiempos nos continúa revelando su presencia en medio de nosotros.

## **EL CONTEXTO CULTURAL ACTUAL**

El mundo, que hasta el siglo XV había vivido dentro de un horizonte de comprensión teocéntrico, conoce con Copérnico, con Galileo y con Kepler un nuevo giro en su modo de entenderse y de explicarse a sí mismo. La aparición del problema obrero -tras desaparecer el sistema económico feudal- la revolución industrial, el nacimiento del subjetivismo filosófico con Descartes y del racionalismo kantiano, que va a invitar al hombre a realizar la emancipación de la razón y la posterior aparición en escena de pensadores como Marx, Freud y Nietzsche, configuran un marco paradigmático que va a

dar identidad propia a la modernidad, a partir de la cual el hombre, la cultura, la experiencia religiosa, etc., encuentran nuevos modos de explicación y comprensión de sí mismos.

La modernidad consiste fundamentalmente en un antropocentrismo secular por el cual el hombre es la única medida y fundamento de todos los valores sin dependencia de Dios. El hombre gana, pues, autonomía frente a lo divino, sin prescindir de Dios. La modernidad no es sólo en el campo religioso. Ella va a afectar todos los demás espacios de la vida del individuo y de la sociedad. De ahí que también se entienda por modernidad el esfuerzo científico-técnico, político y filosófico según el cual el Occidente cristiano parece cumplir su propio destino científico, democrático y racional.

El hombre moderno confía en que el conocimiento racional y científico le concederá un proceso de bienestar material indefinido y la formación de sociedades más humanas; margina lo religioso a los límites de la intimidad, por considerarlo una ilusión consoladora o un sentimiento subjetivo, y propugna una ética secular y racionalista que atiende casi exclusivamente a los valores de la justicia y los derechos humanos.

### **La secularización**

La secularización, en sentido positivo, es una realidad típicamente cristiana. Por secularización entendemos una valoración del siglo que se hace posible a través de la teología de la encarnación.<sup>1</sup> La secularización significa la conquista de la autonomía del hombre respecto de Dios. En sí misma es algo positivo desde el punto de vista religioso, pues a diferencia de la secularidad, no va a prescindir totalmente de Dios.

La visión antropocéntrica de la modernidad da al hombre la conciencia de su señorío sobre la creación. La persona y su dignidad aparecen colocadas dentro de la modernidad en el centro de sus preocupaciones. El hombre puede dominar y someter la naturaleza; ésta ya no es más un enemigo desconocido e invencible. El hombre puede llegar a definir las leyes que gobiernan y dirigen la naturaleza y, en cualquier modo, también ponerlas a su servicio. Ya no es Dios el que gobierna todo. El hombre tiene un papel que jugar en la creación, en su dominio y en su transformación.

---

1. Cfr., GS 26; Puebla, Nos. 317, 321, 335, 360; Santo Domingo, No. 164.

## La secularización no es sólo autonomía del hombre

Según Alain Tourraine<sup>2</sup>, los últimos cuatro siglos de nuestra historia se han construido sobre la base de la contestación a Dios.

Durante todo este tiempo el hombre ha intentado ganar en autonomía frente a Dios. Tal esfuerzo por alcanzar autonomía ha revestido también un carácter religioso. En este sentido, la secularización ha traído como consecuencia la pérdida de la mentalidad religiosa. La modernidad se va constituyendo, poco a poco, en una declaración de autonomía del hombre ante Dios y el mundo religioso. Esta declaración reviste los caracteres de una liberación de peso angustiante y oprimente, que impide al hombre ser y tiene como consecuencia la caída de la conciencia de relacionalidad. El yo y no el nosotros es la medida de la propia autonomía y libertad. Los otros se convierten en náusea, como diría Sartre, y en el límite de mi propia libertad. Los proyectos de autorrealización personal aparecerán cada vez más viciados por el individualismo y el subjetivismo. En nombre de la libertad personal se comienza a defender el derecho absoluto de cada uno a hacer lo que quiera con su vida. Se experimenta, pues, una pérdida de la mentalidad relacional, que le es propia a la experiencia religiosa de la fe.

Con la secularización nace la racionalidad. La razón toma el puesto central en la vida del hombre, desplazando a la periferia otras dimensiones, también importantes para su existencia, como por ejemplo, el corazón, símbolo de su esfera afectiva y relacional que, como tal, tiene también una lógica propia que la razón intelectual muchas veces se niega a reconocer.

El creer en la modernidad se convierte en un pensar a Dios; se deja de lado toda dimensión relacional con Él. Todo se centra en entender y la fe se convierte así en un acto de abstracción. El primer signo de la racionalidad de la fe es la desaparición de la comunidad. La fe pasa a formar parte de la esfera íntima de la persona y adquiere un carácter expresamente subjetivo.

---

2. TOURRAINE, ALAIN, *Critica della modernità*, Il Saggiatore, Milano, 1993, p. 21.

Un segundo signo es la moralización de las relaciones entre los hombres, que pasan a estar más determinadas por la ética que por el amor. Desaparece la dimensión agápica. El tercer signo estaría dado por la consideración del otro como una cosa pensada, que conlleva a la imposición de las propias ideas, al no respeto de su propia cosmovisión y de su capacidad relacional. La pérdida de la dimensión relacional tiene como consecuencia la pérdida de la sensibilidad hacia el otro y un empobrecimiento del intercambio fraterno con él.

La secularización no sólo roba espacio a lo religioso, sino que al dar la primacía a la razón sobre la relacionalidad lleva poco a poco hacia el individualismo y hacia el subjetivismo. Estos procesos se profundizarán principalmente en la llamada posmodernidad.

### **Modernidad, posmodernidad**

El mundo de hoy se mueve dentro de la dialéctica modernidad (razón) y técnica, que, como tal, carece de una razón en sentido filosófico; la técnica no piensa el mundo en su esencia sino en cuanto puede ser manipulado, cosificado. La presente reflexión encuentra desde ahí su contexto más próximo.

El término *posmodernidad* nació en los ambientes de la crítica artística (en Estados Unidos, 1970). Con él se quiere hacer oposición al término *moderno*. El "pos" indica un *salir de*. Posmoderno es el indicativo de *salir de la modernidad*; es decir, que la modernidad viene superada. Con el término se quiere indicar el ocaso de la modernidad. El concepto de posmodernidad fue introducido en el ambiente filosófico y teológico por Lyotard.

### ***Algunas características de la posmodernidad*<sup>3</sup>**

#### ***1. Como mentalidad***

Consiste en el relativismo casi puro, la indiferencia camuflada de tolerancia, tensión exclusiva hacia la autorrealización de lo que cada cual ha percibido en el momento como valor y que no puede ser puesto en discusión con el mundo exterior. El relativismo aparece no sólo en el plano moral sino tam-

3. MARDONES, JOSÉ MARÍA, "El espíritu de Davos y sus consecuencias", en *Neoliberalismo y cultura*, Revista *Sal Terrae*, Tomo 85/7, No. 1003, julio-agosto de 1997, pp. 575-585.

bién es la expresión de la pérdida del sentido que se evidencia en la relación con el todo. En dicho relativismo se encuentra la raíz de la profunda soledad que vive nuestra época. La técnica no sólo ha liberado al hombre sino que lo ha convertido en un elemento más de su engranaje.

### 2. Como civilización

El momento actual conoce y vive del mito de la técnica. El progreso es cada vez más rápido y aparece como un fin en sí mismo, sin ninguna meta. El futuro no tiene importancia en cuanto es considerado como progresión del presente. El presente en todas sus dimensiones es lo único que cuenta. El sentido de la totalidad se pierde en la fragmentación de los *momentos* en los cuales se expresa el sentido de la existencia. Se evita todo interrogante que esté fuera del *momento*. Se pierde el interés por todo discurso moral sobre la tradición, sobre las ideologías y sobre las utopías. Sólo interesa compartir lo que se elige en el *momento* como expresión de la propia voluntad de poder.

La técnica aparece como el cumplimiento de la mentalidad científica que ha predominado en Occidente y en la cual ha jugado un papel importante la filosofía. Un discurso sobre la técnica es válido para una comprensión del presente. La técnica hoy ha superado los confines del Occidente y ha invadido todos los rincones del mundo en breve tiempo. Ha creado un estilo de vida, de pensar y de relacionarse. Dentro de este conjunto la historia aparece definida como la imagen de sí misma en el momento en el que se realiza, es decir, cerrada e inmanente, finalizada.

### 3. Como experiencia vital

La nuestra es una época que conoce el cumplimiento del nihilismo. El todo es visto como la totalidad, no como la unidad. La vida es vista como un conjunto de momentos cerrados en sí mismos, ligados entre sí, pero sin sentido alguno. El avance tecnológico se presenta como el sentido definitivo de la historia y del hombre. Aún así, la técnica deja un gran vacío. Ella carece de sentido en cuanto no tiene como punto de mira la unidad. Se encierra sobre sí misma, sólo se preocupa de su subsistencia y de su progreso; sólo es capaz de hablar su propio lenguaje. La técnica no piensa: sólo actúa. La técnica no ha sido capaz de mantener su promesa.

La técnica no ha logrado responder a la pregunta por el sentido al cual el hombre, como ser trascendente, está constantemente referido. El problema del sentido no es sólo un interrogante en la existencia humana, sino es también un esfuerzo permanente de construcción de respuestas. La pregunta original del hombre es sobre el sentido de una unidad que no se disuelva en la fragmentación de lo real. La pregunta por el sentido constituye la apertura del hombre y el camino de su misma existencia; las diversas respuestas que él se da constituyen las etapas de su camino. En el mundo actual la pregunta por el sentido, por la unidad, ha cedido el paso a la búsqueda de los fragmentos. Hoy todo intento de pregunta por el sentido se mueve en el ámbito de la paradoja, pues aunque sigue estando presente, también viene categorizada como algo banal.

Llama profundamente la atención cómo la pregunta por el sentido encuentra una resonancia particular en las personas. Hoy lo que procura bienestar, salud, liberación interior, etc., encuentra una gran demanda en el mercado. La gente busca métodos rápidos para alcanzar los resultados que un proceso de búsqueda y de compromiso existencial ofrece a largo plazo. De ahí que un empeño por la construcción de una respuesta de sentido a largo plazo resulte para la gran mayoría algo carente de sentido e incluso una pérdida de tiempo.

#### *4. Como dificultad para vivir el pluralismo*

El tema del pluralismo encuentra ya raíces dentro del contexto religioso hebraico-cristiano. El anuncio del Evangelio que hace la Iglesia es para todos los hombres y para todos los pueblos. La Iglesia se define universal como una de sus notas características. En ella tienen cabida todos los pueblos, todos los hombres y todas las culturas. La Iglesia es el ámbito donde los hombres sin distinción alguna pueden llamarse hermanos. Es en este ámbito religioso en el que la persona está valorada y reconocida. Si el pluralismo pierde su dimensión de don, de comunión, de gratuidad, de relacionalidad, se convierte en una estrategia, en una tecnología de las relaciones sociales con unas reglas de intercambio bien determinadas que impiden al hombre el reconocimiento del otro por él mismo y lo supeditan a intereses y objetivos propuestos por estrategias de interacción tecnológica.

El pluralismo, que parecía ser un fruto de la sociedad moderna, experimenta una seria dificultad. En la posmodernidad el pluralismo está seria-

mente amenazado. Preocupa principalmente el hecho de que las generaciones más jóvenes se han cansado del pluralismo y no tienen ninguna dificultad en aceptar una visión totalitaria de la vida. Con facilidad forman o se incorporan a agrupaciones que presentan una línea de pensamiento y de acción clara, firme y bien determinada, que la mayoría de la veces excluye la heterodoxia. En contextos anteriores existía la tendencia de dividir a las personas en “progresistas” y en “conservadoras” según criterios ideológicos y modos de actuación en determinadas situaciones o temas. Junto a ello se presentaban ciertos niveles de intolerancia. De todos modos, la cuestión estaba marcada por la discusión, por el debate.

Hoy, en la posmodernidad, la mentalidad continúa siendo criterio para determinar las relaciones con los otros. Sólo que a diferencia del momento anterior, la discusión ideológica no existe o es muy débil. El criterio ahora es si piensa como el grupo, si observa sus normas y si se está en la *misma onda* de los integrantes del grupo. La intolerancia pasa, de ser una cuestión determinada por la razón, a ser algo emotivo.

### 5. Como espiritualidad

Hoy nadie duda de que existe un despertar de la espiritualidad. En el actual marco cultural posmoderno existe una marcada tendencia a una experiencia espiritual personal. Lo espiritual vive su momento. La gente quiere espiritualidad pero no religión, es decir, se buscan los efectos de la experiencia religiosa sin entrar en relación con Dios. Aparece como una nueva espiritualidad basada en el intimismo, sin mediación institucional. Hay un sentido de fraternidad universal más platónico que comprometido. Hoy, pues, se vive una especie de religión *drogada* compuesta de la mezcla de esoterismo, espiritismo, astrología, yoga, doctrina reencarnacionista y algo de cristianismo.

En la secularización aparece como fenómeno la aceptación de una trascendencia sin trascendente. Ésta va a consistir en el movimiento indefinido de superación de metas, en la posibilidad de transformar cada resultado obtenido en un trampolín para nuevos avances. Detrás de la renuncia a la trascendencia religiosa, la posmodernidad apela permanentemente a trascendencias menores: por un lado, a lo oculto e inefable de lo finito y, por otro, a los ideales nunca logrados por las personas, que las mantienen en movimiento y abiertas hacia lo nuevo.

La espiritualidad que ofrece la cultura posmoderna actual se sustenta en cuatro pilares:

- *Nueva cosmología.* La realidad del cosmos son vibraciones y energía. El mundo, el hombre y Dios son vibraciones en distintas frecuencias y no hay una distinción esencial entre Dios y hombres o mujeres.
- *Nueva psicología.* El hombre es parte del todo y debe centrar su aprendizaje en el descenso a lo más profundo del yo, donde se encuentre consigo mismo.
- *Nueva teología.* Se recurre a las religiones orientales que se basan en la experiencia y el sentimiento, y no en la razón ni en la autoridad.
- *Nueva astrología.* Ésta tiene fundamento científico, los brujos son parasicólogos. En el año 2000 el sol entrará en la constelación de Acuario: habrá una nueva espiritualidad.

### ***La pérdida del corazón***

La idea del corazón como órgano por excelencia religioso se ha perdido en el actual contexto. La fe es la unidad entre lo racional y lo afectivo. Creer en el corazón, dimensión afectiva y confesar con la boca, dimensión racional (cfr., Ro. 10,9-10), son los dos momentos de la fe cristiana. Ambas dicen relación con una persona, el Señor Jesús. Lo religioso se ha ido moviendo pendularmente entre lo afectivo-sentimental y lo racional-intelectual. Durante años la razón ha ido teniendo primacía. El predominio del discurso teológico racional fue desplazando la dimensión afectiva de la experiencia religiosa. La fe se fue convirtiendo en un saber verdades. La espiritualidad, por su parte, se fue transformando en un tener pensamientos. El hombre espiritual se ocupaba de pensamientos *espirituales*. La espiritualidad como sabiduría de vida, como proyecto de vida, como proceso de personalización y de compromiso con la historia desde la causa de los pobres, se fue desplazando hacia la periferia, para dar centralidad al intelecto.

Hoy la posmodernidad subraya con fuerza la dimensión afectiva, emotiva-sentimental y psicológica. Se constata un cierto rechazo por lo que pueda parecer como discurso racional-intelectual. Esta recuperación de la dimensión afectiva que hace la posmodernidad, no logra abrir al hombre al encuentro auténtico con Dios, pues los frutos que busca están en el nivel del

bienestar y del sentirse bien en el campo personal. El corazón no está abierto al reconocimiento del otro ni al compromiso con él. Las sectas religiosas, en especial, en América Latina, han ido conquistando espacio con los elementos que nosotros, poco a poco, fuimos rechazando, entre ellos, el corazón.

Lo afectivo, como elemento vinculante, fue desapareciendo de nuestra liturgia y de nuestros modos de orar y de relacionarnos con Dios. El corazón ofrece la posibilidad de una visión integral del hombre y de la persona, visión necesaria para ir adelante en nuestra relación creyente con el mundo y con la cultura contemporánea. La teología de acrobacias mentales se ha demostrado incapaz de llegar al fondo de la persona humana. La pérdida del corazón ha fragmentado la experiencia religiosa. Mientras que la cultura actual ha trabajado sobre el cuerpo, sobre las sensaciones y el sensualismo, la Iglesia se ha quedado en la elaboración de un sólido sistema de pensamiento abstracto. Esta actitud ha sido, sin lugar a dudas, la que con mayor fuerza ha colaborado en favor del ateísmo, del resurgimiento del paganismo y de la desintegración del hombre concreto en el todo de su unidad.

El corazón es el centro absoluto de la persona y de su experiencia religiosa. El corazón hace referencia a lo que hay de más profundo en la persona y, por eso, se convierte en lo más central de todo otro aspecto de la vida de la conciencia; incluso por encima de lo psicológico. El corazón es, también, el centro de aquello que no es perfectamente conocible; lo es, no sólo del alma, sino también del espíritu y, no sólo de éste, sino también del cuerpo. No es sólo el centro de lo comprensible por el intelecto, sino también de lo que a éste se le escapa.

El racionalismo gana espacio en la vida de la persona cuando ésta pierde su dimensión afectiva, su corazón. No es tanto la pérdida de la ética y/o de los valores llamados "tradicionales" lo que más afecta a la cultura de hoy, como la pérdida de su órgano relacional. Al perder el corazón, el hombre ha perdido la capacidad de mirar hacia el otro, se ha mutilado en su dimensión de alteridad.

En este contexto la secularización aparece como negativa. No porque le haya arrebatado espacio a la religión o porque haya subvertido al hombre, sino porque poco a poco ha ido enfriando el amor.

## POR UNA ESPIRITUALIDAD EN DIÁLOGO

### Capaces de suscitar el deseo de Dios

La espiritualidad cristiana está llamada a entrar en diálogo con la actual cultura posmoderna o secular. Es claro que no puede dialogar con todos los sectores que componen el conjunto de la posmodernidad; también que no puede reducirse a un solo sector. La espiritualidad abarca todos los sectores de la vida y no se reduce única y exclusivamente a uno de ellos. Existen elementos de la posmodernidad con los que aparentemente le resultaría más fácil a la espiritualidad cristiana entrar en diálogo: por ejemplo, la espiritualidad que propone la posmodernidad y que ya hemos descrito más arriba.

El diálogo de la espiritualidad con la cultura actual posmoderna tiene como desafío inicial suscitar el deseo de Dios. El hombre posmoderno es un hombre satisfecho materialmente, la sociedad en la que vive es una sociedad que le ofrece confort y bienestar a bajo precio. Dios y la Iglesia no aparecen ya como algo que en primer lugar suscite interés para el hombre; es decir, él puede hacer su vida prescindiendo de dichas realidades.

El hombre de la cultura actual, aun cuando aparece cerrado sobre sí, conserva todavía una cierta capacidad de abrirse, de motivarse al diálogo, si las cosas le resultan *interesantes*. Precisamente una de las mayores dificultades para suscitar tal interés está en la experiencia de satisfacción que el hombre experimenta a causa del bienestar que el mundo tecnológico le ofrece. De ahí que se haga presente para la espiritualidad la necesidad de revelar la fascinación que el amor de Dios es capaz de producir en el corazón del hombre, y eso exige despertar el deseo del hombre y desintoxicar la curiosidad religiosa que en él existe.

La tarea a realizar es la formulación de lo cristiano como una opción de vida y de solidaridad. La espiritualidad debe tener bien presente que aun cuando lo religioso no esté en el primer plano de los intereses del hombre actual, todavía existe en él una cierta búsqueda y, por eso, el ser capaz de suscitar el deseo de Dios es un elemento inicial de su diálogo con la posmodernidad. La espiritualidad ha de tener presente que quedarse reducida al solo deseo religioso representa para ella un grave riesgo de alienación.

El diálogo de la espiritualidad con la posmodernidad ha de iniciarse desde lo más fundamental, que es la experiencia de Dios, y ha de finalizar en el compromiso por hacer de la historia un hecho de salvación y de antici-

pación de la utopía del Reino, que ha de realizarse definitivamente cuando todo, el cielo y la tierra, tengan a Cristo por cabeza (cfr., Ef. 1,10).

### **El diálogo a partir de una visión global**

El diálogo de la espiritualidad con la cultura posmoderna tiene las siguientes características:

#### ***Valora los aspectos positivos de la secularización posmoderna***

El diálogo de la espiritualidad con la secularización posmoderna debe partir de la valoración positiva que la realidad presenta. Todo diálogo que se inicia desde el prejuicio, termina en una condena. El papel de la espiritualidad no es precisamente el de juzgar, sino el de hacer creíble en todo momento y en toda circunstancia el amor que seduce y sustenta la vida creyente.

Algunos de los elementos positivos que se pueden señalar de la posmodernidad, son los siguientes:

- Invita a valorar lo pequeño, lo cotidiano, lo concreto, lo subjetivo.
- Da un valor especial a lo afectivo, a la experiencia, a lo espontáneo, a lo narrativo.
- Sus temas son los seres cotidianos: héroes problematizados; sitúa al “débil” en el talante de la vida.
- Se presenta más fluida que la racionalidad: no hay centros oficiales de referencia; en ella se da la integración de las diferentes categorías fundamentales; intenta presentarse como un esfuerzo de síntesis.

La posmodernidad da importancia a los pequeños relatos; es más narrativa que discursiva. No da importancia a los grandes sistemas; se goza con la vida sencilla.

En este diálogo, la espiritualidad habrá de ayudar a tomar conciencia crítica de lo que nos rodea, a descubrir las trampas que están detrás de lo “joven”, a desmontar las evidencias interesadas y a presentar el seguimiento de Jesús como quien es capaz de dar unidad y consistencia a las experiencias, a la cotidianidad y a la vida en su conjunto.

### ***La Trinidad como el horizonte de comprensión de lo cristiano***

Un elemento central en la fe cristiana es la dimensión relacional. El cristiano profesa su fe no sólo en un único Dios sino que, además, afirma que ese Dios es trino. El Dios cristiano es un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada una de las personas de la Divinidad vienen definidas a partir de las relaciones establecidas al interior y exterior de la unicidad de Dios. La Trinidad aparece como una unidad de comunión en el amor que encuentra en el Padre su origen y fuente. Las relaciones interpersonales sirven de medio para la comprensión de la cualidad sustancial que define a cada una de las personas divinas y al único Dios.

Considerar la relacionalidad como un elemento sustancial del ser de Dios, permite hablar de ella como el ámbito privilegiado de toda objetividad y de toda racionalidad. No hay discurso objetivo y racional sobre Dios, si de él desaparecen las diferentes relaciones que al interior de la Trinidad existen.

La relacionalidad en la vida del creyente no es, pues, un accidente ni un elemento reducible a la sola consideración psicológica. El auténtico creyente se comprende a sí mismo desde las relaciones que es capaz de establecer con el mundo, con los otros y consigo mismo como expresión de la profunda comunión con el Dios uno y trino. Dicha relacionalidad implica la dimensión personal. Dios es siempre para el creyente un tú; es ese totalmente otro con quien al entrar en contacto el creyente se hace más libre y persona a sí mismo. Dios uno y trino humaniza y perfecciona al hombre al sacarlo de sí mismo para abrirlo al misterio de la comunión en la relación.

### ***Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre como luz sobre la historia***

El Antiguo y el Nuevo Testamento enseñan que la fe cristiana no puede ser confundida con la ideología. En la Escritura está contenida la voluntad salvadora de Dios que se hace carne en la persona de Cristo. Al estar referidas a una persona las Escrituras, no entran en el campo de lo ideológico. Mientras que la ideología habla de cómo pueden llegar a ser las cosas permaneciendo en el nivel de lo abstracto y utópico, las Escrituras nos hablan del designio salvador de Dios que llega a su cumplimiento en Jesús de Nazareth. La fe no habla entonces de cuestiones abstractas ni de utopías,

pues lo que ella anuncia ya se ha realizado anticipadamente en Cristo y en su misterio pascual.

La fe cristiana viene expresada a través de un símbolo conocido en la tradición y en la liturgia como credo. En él están contenidas en modo condensado las verdades de fe contenidas en la Escritura. El símbolo de fe es la construcción humana que expresa las convicciones más profundas, que sostienen, alimentan y fundan la fe creyente. Una de esas verdades profundas consiste en que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el sentido último y pleno de la historia, es decir, que todas las cosas han sido creadas por Él, que en Él todo subsiste y que en Él todo alcanzará su plenitud definitiva.

Nuestra tradición cristiana enseña que el verdadero pensamiento forma parte de la vida, que la comprensión está íntimamente ligada a una contemplación que proviene de la experiencia. La experiencia religiosa no es reducible a solo pensamiento ni a solo sentimiento sin correr el riesgo de hacer de la fe un sistema racional de verdades o caer en el sentimentalismo y en lo meramente experimental; es decir, en considerar que se es espiritual por saber conceptos de fe, por tener determinados pensamientos, etc., o por tener determinados sentimientos; con este último se puede llegar a una especie de "sabelianismo", o sea, considerar que Dios existe si se experimenta, si se siente, si Él es capaz de suscitar determinadas emociones o sentimientos.

La fe tiene su propio modo de conocer. Se diferencia del conocimiento que es causado por el talento personal o por la investigación científica. Tampoco es el simple resultado de la experiencia y de la relación que el hombre es capaz de establecer con el mundo de las cosas que le rodean. Por el contrario, a nivel de la fe el conocimiento es siempre el resultado de la *dynamis* que proviene de la gracia del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien guía al hombre hacia la verdad (cfr., Jn. 16,13) a la cual tiende por su misma naturaleza.

En Cristo lo humano y lo divino se unen sin confundirse, sin destruirse, sin establecer entre sí ninguna rivalidad. En Cristo lo humano se adhiere libremente a Dios y se constituye así en el paradigma de acercamiento a la historia del hombre, al hombre y a su actitud frente al mundo. Cristo no sólo revela el hombre al hombre sino que también le enseña el modo de hacerse hombre en plenitud.

### ***La fe como un reconocimiento amoroso***

En Cristo la humanidad viene asumida y salvada por Dios. La encarnación de Cristo es la asunción incondicional de toda la humanidad en el Hijo por el cual y en el cual todas las cosas se cumplen. La encarnación como asunción de la humanidad es el paradigma del reconocimiento radical del hombre por parte de Dios.

Nuestra fe en Cristo crece proporcionalmente a nuestra relacionalidad. La identificación de Cristo con el hombre es tal que lo que se hace en contra del hombre, especialmente del "pequeño, del débil, del marginado", se actúa en contra del mismo Cristo (cfr., Mt. 25,45). Nuestra fe corresponde, pues, a una inteligencia relacional donde creer y amar se tocan.

El camino del creyente hoy pasa por el reconocimiento radical de sus contemporáneos. Pero en el diálogo con ellos se hace evidente la llamada a testimoniar el camino pascual donde los conceptos, las ideas, las doctrinas y los valores se ven probados por el fuego de la deliberación. El diálogo con la cultura de hoy necesita nacer del conocimiento que brota de las entrañas mismas del corazón. Se trata entonces de aquel conocimiento capaz de abrazar, de hacer sentir reconocido al otro y al mismo tiempo capaz de hablar libremente.

### ***El valor fundante de la cultura como ámbito de diálogo***

La cultura es una realidad posible de comunicación. Los símbolos, lenguas, valores, instituciones, etc., son medios ricos de comunicación con el otro y de reconocimiento de él mismo. En la cultura lo divino se hace presente y aparece integrado a ella cuando lo trascendente no aparece en el hombre como un elemento disociado de su propia vida.

El amor es lo que da al hombre capacidad de sacrificar cualquier expresión cultural concreta para poderse comunicar en una forma más vital y universal. El amor es el valor por excelencia de la cultura, pues él proviene de toda comunicación y de toda participación. El amor, asumido como valor, es capaz de crear signos, gestos, palabras, lenguajes, con el fin de hacer posible que el hombre pueda vivir más plenamente su verdad y su condición relacional que en el diálogo y a través de la comunicación se hace posible.

No hay diálogo con la cultura, ni existen personas culturalmente vivas, si el valor del amor como elemento fundante no existe. El amor es lo que permite tener hacia la propia cultura las actitudes de la muerte y de la resurrección. El amor es el valor capaz de dar sentido y significado a las propias renunciaciones y sacrificios de la propia expresión cultural, con el fin de permitir el encuentro y el diálogo con las otras expresiones culturales. Un hombre cerrado sobre sí y sobre su propio mundo difícilmente es capaz de aceptar y de valorar el mundo del otro y su realidad.

### ***La comunidad como camino***

El principio del reconocimiento del otro es inseparable del amor y éste produce la comunidad. El diálogo con la cultura y con los hombres de hoy no es un antes o un después de la experiencia de fe; él forma parte de la naturaleza misma de la fe y también de la naturaleza misionera de la Iglesia. La fe es una experiencia de reconocimiento del Otro y de sí mismo en Él. La fe es un salir de sí para ir al encuentro de ese Otro en el cual cada uno conserva su propia identidad y en cuya comunión se encuentra la plenitud de la vida.

El cristiano no debe combatir el mundo sino debe bendecir y hacer transparente en él, de forma positiva, la verdad de Dios y de la creación. El Hijo de Dios no ha venido a condenar el mundo, sino a salvarlo, y a hacer posible que quien crea en Él tenga la vida eterna (cfr., Jn. 3,16-17). De ahí que una auténtica actitud cristiana pase por el compromiso de hacer este mundo según el ser y el sentir del corazón de Dios.

El cristianismo con su fundamento teológico de la relationalidad trinitaria reencuentra las esperanzas, como sucedió en el tiempo en el cual los Padres griegos intuyeron que el verdadero principio de la comunión no es la naturaleza divina de Dios sino el amor personal del Padre; de ahí que la valentía del diálogo con los hombres y las mujeres de hoy pase necesariamente a través del amor cultural, es decir, a través del reconocimiento experimentado del otro en toda su globalidad.

### **AUDACES Y LÚCIDOS**

La audacia aparece como el fruto de un discernimiento atento y fiel, es la culminación de un esfuerzo largo y pacientemente mantenido. La prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma (cfr., Mt. 10,16) aparecen como

dos características importantes de la lucidez. La serpiente aparece como símbolo de la prudencia, pues ante cualquier posibilidad de ataque, lo primero que defiende es su cabeza, mientras que la paloma es el signo del amor fiel, pues una de sus características es que si su compañera le abandona, no se busca otra. Saber determinar qué es lo fundamental y permanecer fiel a ello es una condición necesaria para mantener la lucidez en el diálogo con la cultura posmoderna actual.

Para el creyente, Cristo es su cabeza y su amor; a partir de ahí, todo es posible objeto de discernimiento, para saber distinguir lo que es bueno, perfecto y agradable en conformidad con la voluntad de Dios (cfr., Ro. 12,2).

El discernimiento cultural no es sólo cuestión de agudeza mental, teológica o moral, sino que es, ante todo, de amor de Dios, de nueva conciencia y de iluminación (cfr., 1Co. 2,14). El discernimiento cultural no es el ejercicio técnico de la propia interioridad, sino que es la luz que produce en nosotros el Espíritu Santo y que nos identifica con Jesús. El discernimiento cultural, cuando es auténtico, cambia toda la visión que se tiene de la realidad externa. En él se encuentra la lucidez, para no confundir la cabeza con sus miembros, la Iglesia con el Reino, la voluntad de Dios con los propios intereses ideológicos.

La lucidez y la audacia, en el diálogo con la actual cultura posmoderna, exige tres condiciones ante las cuales hay que ser firmes:

1. Rechazar toda huída hacia el pasado y toda fuga hacia el futuro. Aprender a decir sí al momento actual.
2. Conservar la identidad.
3. Mantener viva la memoria: misterio pascual y trasmisión al mundo de la liberación de Jesucristo.

La audacia en el diálogo con la cultura actual supone un saber dejarlo todo, es decir, renunciar a los propios esquemas, al modo de ver y de juzgar la realidad, a la propia verdad y seguridad. Además, exige disponibilidad y vigilancia. También pide la conversión del corazón y el compromiso para superar las dificultades y alcanzar el bien. Lo contrario de la audacia es el temor y se está expuesto a él cuando se advierte lo que sucede como amenaza a la propia estabilidad y seguridad.

Audacia y lucidez son una lucha continua contra el temor y la incertidumbre. Ambas exigen la realidad de una ascesis basada en la actuación

desde la convicción, en la cual se conserva la propia identidad, en continuo discernimiento de valores, de juicios, de actitudes, etc.

Cuando el diálogo se hace en fidelidad a la Palabra, ella nos enseña que no se puede mitificar a nadie ni a nada y se adquieren ojos nuevos para ver profundo y hondo. La mirada que la Palabra nos regala no es la del solitario sino la de la solidaridad. No es una mirada fruto de nuestro esfuerzo sino de la gracia del Evangelio y, por eso, es imagen viva en la búsqueda humana de la autenticidad. Es un mirar en la esperanza de los pobres, en la fortaleza sin rigidez y en la exigencia que pacifica.

## CONCLUSIÓN

“¿Sabéis interpretar este tiempo?” (Cfr., Lc. 12,56). Hay quienes ante el tiempo que vivimos abogan por los sistemas de seguridad, por la conservación y defensa de lo tradicionalmente establecido; pero también hay quien se hace vocero incondicional de la novedad y en nombre de ella rechaza acriticamente todo como obsoleto, tradicionalista y peligrosamente conservador. Tampoco faltan los que no saben qué hacer y se sienten traídos y llevados de un lado para otro por la marea de opiniones, de actitudes.

Afortunadamente, no faltan quienes -sabiendo escrutar el tiempo actual- logran prescindir de lo accesorio, de la moda y mantener la fidelidad a lo fundamental, y pueden adaptarse a los nuevos tiempos y a las nuevas circunstancias en las que les toca vivir.

En este trabajo se ha querido reflexionar sobre la posibilidad del diálogo desde la espiritualidad con el mundo actual. Como punto inicial de la reflexión se ha elaborado un diagnóstico de la actual cultura posmoderna. En un segundo momento, se ha diseñado lo que podría ser un marco para el diálogo que la espiritualidad está llamada a entablar con el mundo de hoy. Finalmente, se ha iniciado la definición de dos actitudes fundamentales para tal diálogo, como son la lucidez y la audacia, con las implicaciones de discernimiento que ambas conllevan.

Entre las cuestiones que quedan abiertas, se pueden mencionar la centralidad de la cruz en una espiritualidad en diálogo con la posmodernidad, la opción por los pobres y los excluidos de nuestras sociedades, la integración afectiva de la experiencia religiosa en una vida condicionada a construirse sobre fragmentos, la reconstrucción de las redes de solidaridad en la

vida social, la propuesta de modelos más humanos y justos de desarrollo, la ascética en una sociedad del placer y del consumo, etc.

No estaría mal, una vez más, tener presente que la esperanza es madre de la audacia; de ahí, que el diálogo entre espiritualidad y cultura posmoderna no sea posible más que con hombres y mujeres fuertes en la esperanza, capaces de dar razón de lo que creen y de lo que aman.

Finalmente, se podría decir que a pesar de las dificultades que el diálogo con la cultura pueda presentar hoy en día, el desafío permanece presente. Existen razones para pensar que el resultado del diálogo no será la relativización indiferente de la experiencia religiosa cristiana.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- CASTIÑEIRA, ÁNGEL, *La experiencia de Dios en la posmodernidad*, PPC, Madrid, 1992.
- HAKENEWERTH SM, QUENTIN, "Hagamos de la cultura marianista una cultura dominante", en *Vida marianista y cultura moderna*, Ed. SM, Madrid, 1992.
- MARDONES, JOSÉ MARÍA, *Posmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Sal Terrae, 2a ed, Santander, 1995.
- ROVIRA, JOSÉ MARÍA, *Fe y cultura en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 1988.
- RUPNIK, MARKO IVAN, "Il coraggio del dialogo critico con le culture di oggi", en *Novità della soglia. Aperture della nuova evangelizzazione a cura del centro Aletti*, Lipa, Roma, 1995.
- VELASCO, JUAN MARTÍN, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, PPC, 2a ed., Madrid, 1997.

